

Loa homérica contemporánea

Piden, Crónida, estos numerosos oyentes, conocer cuál de entre tus hijos dio a aquel héroe su fuerza, para destacar entre el resto y alcanzar la gloria. ¿Fue tu ojizarca hija, Atenea, que llenó de ingenio las mentes de Ulises, fecundo en ardid, cuando anhelaba el retorno desde sus cóncavas naves, retornando de Ilio? ¿Hizo atinado su ánimo Apolo, el que hiere de lejos, para que como una bronceína pica su mecánico artilugio se clavara profundo en el corazón de su horripilante enemigo, que la muerte sembraba incluso entre los suyos? ¿No fue acaso tu esclarecido hermano, Poseidón, sacudidor de la tierra, enfurecido por el soberbio proceder de los sigilosos submarinos, oceánicos rapaces, que surcan el largo ponto, rasantes al fondo, y son temidos por los navegantes intrépidos? Deléitanos, acumulador de nubes, con su ilustre historia, y cuéntanosla mientras te escuchamos, admirados por tu elocuencia.

Haré lo que me pides, mortal de voz a la de los dioses pareja, pues no hay tragedia que tenga como protagonista héroe, a un hombre más desgraciado que este, olvidado por los dioses tras breve tiempo de fortuna. Ahora apenado espera la muerte; su aciago hado es morir envenenado, a manos de un hombre siniestro, de ánimo homicida, o bien por error, en su bien iluminado laboratorio, abundante en azogue y cianuro; ¡de momento, solo las parcas lo saben!. Pronto su espíritu le abandonará el cuerpo y descenderá ligero a los Elíseos, para vivir con los más eminentes sabios y los audaces guerreros, pues ninguna bien equilibrada lanza, de luenga asta, ha ayudado nunca a voltear las tornas de alguna bélica contienda como su divina máquina, de engranajes repleta. Por ello no hablemos más de su desgracia, célebres oyentes, sino loemos su obra, pues él salvó a muchos hombres y les evitó el viaje prematuro al Hades. ¡Él fue el insigne Alan Turing, de los sabios referente! Su ilustre invento descifró enigmas que resistieron ante los hombres, y hasta al olímpico Hermes hastiaron, tras obstinada porfía. Él persiguió sus alados propósitos, y así destacó entre los hombres, como un héroe entre los mejores; de entre todos los sabios, no muchos, sino muy pocos, han alcanzado la gloria, como benefactores de la paz en tiempos de guerra. ¡Conocéis ahora al gran hombre, esclarecidos espectadores, así que ahora comencemos, en breve tiempo, con su detallada historia...

Mi vida se agota en la dolorosa quietud de mi morada, de bien construidas puertas y espaciosas habitaciones. La injusticia ha truncado mi destino, ¿quién se acuerda de mí, y lo hace sin repulsa? Los hombres me han abandonado, y solo las ciencias son un consuelo. ¿Cómo la condición natural de un hombre, de inocente hechura, puede causar en el resto la cólera, y de su ruina la búsqueda? Oh, musas, que habitáis en olímpicas moradas, inspirad a algún aedo, de recónditos versos, o a algún poeta de estrofas bien regladas, para que recuerde a este erudito en su oda, al menos una vez más, en el transcurso de la historia. Y si son muchos los que de mí se acuerdan, que todos ellos canten sobre mis virtuosas obras, y condenen mi conjurada ignominia. Que escriban todos hermosos versos para que algún día, al recitarlos algún hombre diga, ¡este de aquí fue Alan Turing, afamado hombre de ciencia, que salvó a miles de hombres de la muerte, y acabó con la guerra! ¡En él se inspiran muchos bien rimados versos, que a los mortales deleitan!

por Victor Enguita Vileta